



Puede sonar categórico y algo excesivo en un año en el que se han estrenado títulos como 'Oppenheimer' o 'La sociedad de la nieve', pero si una película resume este 2024 la trabazón de arte, pensamiento y compromiso moral en el cine es 'La zona de interés'

A estas alturas poco hay que explicar del argumento de **la ganadora del Óscar a mejor película extranjera y mejor sonido**. La zona de interés cuenta de una manera minimalista, sin apenas recursos emocionales, el día a día de la familia de **Rudolf Höss**, comandante del campo de concentración de **Auschwitz**. Tras el **horror** que transcurre al otro lado de un bellísimo seto, la familia de **Höss** vive con paz y todo tipo de privilegios. Los niños juegan en el jardín, su mujer dirige al servicio, toma el té con las amigas y conversa con ellas sobre lo humano y lo divino.

El terror se cuela en la cinta en forma de breves llantos o gritos que se escuchan a lo lejos, de humo o de cenizas que cubren algunas plantas del jardín de los **Höss**. La serena atmósfera que impregna la película es absolutamente espeluznante. Porque es símbolo de **lo que está detrás**, de lo que se oculta, de **una oscura y dolorosa tramoya de sufrimiento y de indiferencia hacia ese sufrimiento**. El sorprendente final –que no conviene desvelar– no es sino una llamada al espectador a no adormecer la conciencia como hicieron tantos europeos a mitad del siglo pasado.

En el principio, la adaptación

Reconozco que desde que vi *La zona de interés*, todavía vapuleada, me prometí leer la novela de **Martin Amis**, el texto que **Jonathan**

Glazer había llevado a la pantalla. Tardé tiempo en hacerlo. Y me sorprendió mucho su lectura. Imaginaba que sería también una novela minimalista y densa a la vez, llena de reflexiones y de tiempos –en apariencia– muertos, plagada de dolor contenido y discreto. Una novela simétrica a la película.

Sin embargo, **me topé con un libro coral, protagonizado por una decena de personajes, varias historias cruzadas y la narración, la mayoría de las ocasiones muy cruda**, de todo tipo de escenas, desde asesinatos y redadas hasta fiestas, borracheras, discusiones o encuentros sexuales. En medio de esa profusión argumental, compleja además por la variedad de recursos literarios y voces narrativas, confieso que me descubrí un par de veces volviendo a consultar si realmente estaba delante del texto que **Glazer** había adaptado.

A pesar de todo eso, a medida que avanzaba, **empecé a percibir el nexo que unía libro y cinta** o, mejor dicho, el núcleo argumental y moral desde el que bombeaban estos dos productos culturales tan distintos y, al mismo tiempo, idénticos. Su núcleo podría resumirse con la mítica expresión que utilizó [Hannah Arendt](#) para describir lo que rodeó al régimen nazi: **la banalidad del mal**. Una banalidad, una inconsciencia que, en la novela, toma forma de huida hacia adelante, de supervivencia frente al horror y de complicidad con la bajeza humana, y que en la película se plasma con un alto seto que impide la mirada.

Interpelar al espectador del siglo XXI

Me parece una genialidad de **Glazer**, máxime cuando había una opción mucho más sencilla a través de una narrativa clásica que mostrara las acciones y pensamientos de los personajes fundamentales. Pero el director ha manifestado en alguna entrevista que **su propósito no era hablar del Holocausto sino interpelar al espectador del siglo XXI sobre la violencia**, hacerle reflexionar sobre [la capacidad que tiene el ser humano de decidir si opta por el amor o por el odio](#). Señala **Glazer** que emprender un camino u otro depende de un cúmulo de opciones personales que, la mayoría de las veces, vienen acompañadas de circunstancias muy complejas. Y concluye resaltando **la importancia de un examen interior** que detecte la fácil familiaridad del ser humano con el mal y lo extirpe antes de que arraigue.

La zona de interés es, en efecto, una llamada a la reflexión, un mostrar cómo es muy difícil percibir el mal si nos encerramos en nuestros límites, que pueden ser geográficos o existenciales. **Si uno no sale de sí mismo, es casi imposible no solo [detectar el dolor del otro](#) sino percibir la realidad como es** y no distorsionarla. Por eso el subjetivismo que deriva tantas veces en solipsismo es una pendiente hacia la locura.

«La zona de interés», reflexión y mirada

Publicado: Viernes, 13 Septiembre 2024 08:46

Escrito por Ana Sánchez de la Nieta

Ni la huida hacia adelante, el activismo, la carrera irreflexiva, ni el [individualismo](#) y el encerrarnos en nosotros mismos nos servirán para edificar una vida plena y feliz, ni en lo personal ni en lo social. Al contrario, solo serán herramientas de destrucción en mayor o menor grado.

Entrar y salir, reflexión y apertura, examen y mirada. Una interesantísima lección de una magnífica y dura película.

Ana Sánchez de la Nieta en [Nuestro Tiempo](#)